

EDITORIAL

EL “ÑOÑO” DEBE MORIR...

López-Martínez Miguel Andrés

En el imaginario de nuestros abuelos, llegar a ser sacerdote, militar, médico o abogado era motivo de celebración familiar porque se creía que estas actividades permitían acceder a ciertos privilegios que sólo tenían quienes poseían tierra o dinero. Me atrevo a pensar que esa idea es quizás una de las razones por las que Colombia tuvo una de las tasas de abogados más altas del mundo para el año 2010: 354,45 por cada 100.000 habitantes, sólo superado por Costa Rica (389,36) y con una cifra más alta que la de otros países con una población mucho mayor como Brasil (327,16)². Lo más desconcertante no es que en este país tengamos más abogados que en otras latitudes, sino que contando con ellos todavía vivamos tantos conflictos asociados con el incumplimiento de normas y el escaso diálogo racional a partir de argumentos. Aunque éste no es el espacio más adecuado para discutir la relación que pueda existir entre el papel de los juristas en una sociedad y sus conflictos más protuberantes, creemos que La Universidad tiene mucho qué decir al respecto y buena parte de la responsabilidad.

Ante la pregunta sobre por qué una sociedad con tantos abogados resiste tantos problemas asociados con el derecho y el diálogo, se dibuja una respuesta que parece engendrada entre la intuición y la experiencia cotidiana en La Universidad: porque muchos de ellos han sido formados bajo una lógica de repetición de conceptos entregados por un profesor y no de imaginación de problemas y soluciones. No resulta entonces extraño que en cada salón podamos advertir la presencia de unas pocas cabezas brillantes y un montón de seguidores de su dictamen mayestático: el “Ñoño” o “Chupa”, como se le solía llamar antes, es el personaje capaz de recitar clases enteras sin ningún asomo de cansancio ni reflexión. Su autoridad apenas puede ser cuestionada por el docente, comúnmente instruido dentro de un paradigma similar y por ello el más ferviente admirador de su “estudiante estrella”.

Quizás sea una caricatura inapropiada pero resulta bien ilustrativa para llamar la atención sobre la importancia de cambiar el paradigma de la “minoría de edad” que motivó a Kant a responder la pregunta sobre qué es la ilustración. El Filósofo consideraba que muchas

1 *Docente Facultad de Derecho Universidad Santo Tomás Tunja. Tunja-Boyacá, Colombia. Correo: miguel.lopez@usantoto.edu.co.*

2 *Las cifras fueron recuperadas por la Corporación Excelencia en la Justicia, de un estudio realizado por el Centro de Estudios de Justicia de las Américas y la Comisión Europea para la Eficiencia de la Justicia. Puede consultarse en el siguiente enlace: <http://www.cej.org.co/index.php/todos-los-justiciometros/2586-tasa-de-abogados-por-habitantes-encolombia-y-el-mundo>.*

personas preferían orientarse bajo el criterio de otro y dejar la responsabilidad de tomar decisiones en sus manos, en vez de emplear su propio entendimiento. Cobardía o pereza podían ser, a su juicio, los motivos de dicha actitud y por eso resultaba tan fácil a esos “otros” convertirse en “sabios”. Basta acercar una lupa al escenario de una clase para descubrir unos cuantos cobardes o perezosos que dejan en manos de su profesor o del “ñoño” de la clase la carga de buscar soluciones a los problemas que ofrecen el derecho y la sociedad. Si buscamos que el número de abogados en Colombia sea inversamente proporcional al número de conflictos pendientes, necesitamos asumir una actitud “de mayoría de edad”, que cuestione la autoridad intelectual del docente y del “sabelotodo”, que se aventure a proponer y argumentar sin el temor de ser cuestionado. Menos pereza y cobardía diría Kant: el “ñoño” debe morir, diríamos, para darle paso al “pajarillo libertario” al que con tanto agrado le cantaba La Negra Mercedes Sosa (Me Gustan Los Estudiantes).

Escribir es al mismo tiempo un acto de valentía y de rebelión contra la pereza, porque implica hacer un esfuerzo por fotografiar el paisaje de ideas que se tienen en mente, editar sus peores detalles y enseñarlo a toda una comunidad. Por eso, celebro el hecho de que un puñado de estudiantes se sienten cada día a pensar, estudiar y plasmar sus ideas, pues es una buena manera de impulsar cambios verdaderos en este “país de doctores”.